

Siria, el largo camino de la primavera a la catástrofe humanitaria

Paola Lo Cascio

Múltiples factores, reconstruir el proceso

En el momento en que se acaba de firmar el acuerdo entre la EU y Turquía sobre los refugiados sirios y cuando ya estamos tan tristemente acostumbrados a las imágenes terribles procedentes de las fronteras griegas de llegar casi a pensar que estamos delante de una situación de emergencia humanitaria permanente y en cierta medida inexorable, vale hacer un paso atrás y aplicar a la lectura de la situación una mirada más sosegada y más amplia. En este sentido, cabe recordar cómo frente a las explicaciones simplistas, la situación que lleva al desastre humanitario que estamos presenciando es el fruto de la interacción de múltiples factores, unos más cercanos en el tiempo y otros, en cambio más lejanos. El objetivo de esta primera contribución es justamente intentar dibujar los ejes fundamentales que nos permitan reconstruir el proceso que ha llevado a la guerra en Siria y a los gigantescos movimientos de población, reconstruyendo, aunque sea de forma breve el contexto histórico dentro del cual estos fenómenos se producen.

Siria, mandato francés

El territorio que conforma la extensión del estado sirio accedió a la etapa contemporánea siendo todavía dominio del Impero Otomano. En este sentido cabe recordar las características de la administración turca a lo largo del siglo XIX y destacar como el modelo de administración se basaba sobre la idea de un estrecho

control de los resortes militares y fiscales pero a la vez en una cierta delegación de poderes administrativos. La enorme extensión del territorio controlado por el imperio así como su diversidad interna acentuaban la necesidad de vincular las élites locales al poder del Sultán. En el caso del territorio de la futura Siria, y a pesar de una destacable diversidad interna, la autoridad descansaba en la delegación de poderes que el Imperio había operado en favor de las élites sunitas, por otra parte la minoría más relevante de la población desde un punto de vista cuantitativo. Sin embargo, vale la pena recordar que el margen de maniobra dejado a las élites sunitas locales era extremadamente amplio y llegaba al establecimiento de una jurisdicción que mantenía –incluso legalmente– todas las otras comunidades en condición de inferioridad.

Por esta razón los cambios determinados por la Primera Guerra Mundial y la disolución del Imperio Turco se tradujeron en una primera y decisiva alteración de los equilibrios internos. Como es sabido, en 1916 Francia e Inglaterra firmaban los llamados Acuerdos Sykes-Picot, unos protocolos secretos que establecían las respectivas áreas de influencia en Oriente Medio de las dos potencias en caso de victoria y desmembramiento del Imperio Turco. A grandes líneas, el territorio comprendido entre las fronteras meridionales de la actual Turquía y desde el actual Kuwait hasta la península del

Sinaí se dividiría en dos grandes zonas. La meridional, hasta las actuales fronteras de Iraq, Jordania y la parte septentrional de Arabia Saudí quedaría en manos británicas, y la septentrional, correspondiente a los territorios de Líbano y Siria, a los franceses (Laurens, 2003).

Una vez acabada la guerra, la división y el desmembramiento del Imperio Otomano fue objeto de los acuerdos de Sevrés, en 1920, pero no fue hasta 1923 (una vez rectificado el tratado después de la revolución kemalista) que no se tradujo en una reorganización efectiva de aquellos espacios. Según los acuerdos esos territorios acabarían en manos de la Sociedad de las Naciones que los ofrecería en mandatos a Francia y Gran Bretaña. Fue así que el Líbano y Siria pasaron bajo control francés. Sin embargo, el planteamiento político y administrativo francés con respecto a los dos territorios, fue bien distinto. En el caso libanés, los franceses se apoyaron en la minoría maronita (con la cual los contactos existían bien antes de la guerra), para construir un sólido artefacto estatal que fuera el vehículo de sus intereses en la zona: con esta filosofía nació el llamado gran Líbano que extendía sus fronteras desde el Monte Líbano hasta bien entrado el territorio sirio, favoreciendo un acuerdo entre los maronitas y la mayoría suní de los territorios incorporados. Para el caso de Siria, en cambio, a juicio de los franceses constituía un peligro aplicar una política de promoción de un estado fuerte y unitario. La falta de una élite local claramente relacionada con los intereses coloniales y el miedo a una posible vinculación de los poderes locales a los proyectos panárabes que justo en aquel momento empezaban a formularse (y que los franceses creían poder tener reverberaciones peligrosas en el norte de África), aconsejaron una fragmentación del poder y de la administración en el territorio, que acabaron organizando según un modelo cantonal. Sobre la base de estas consideraciones la autoridad francesa promovió la creación de pequeños estados (Damasco, Alepo...) encargados de administrar –bajo control y supervisión de la potencia mandataria, es decir, con soberanía del todo limitada-, las diferentes zonas del país. Sin embargo, la gran innovación del mandato francés consistió en la eliminación de las diferencias jurídicas entre las diferentes minorías presentes en el país y en el especial vínculo que las autoridades francesas establecieron con la

minoría alauita. Esta última, que era una comunidad de extracción fundamentalmente campesina y tradicionalmente pobre (a menudo mano de obra de los poderosos terratenientes suníes), se convirtió en la comunidad de referencia para la construcción de las llamadas *troupes especiales*, un cuerpo armado auxiliar francés, que posteriormente fue el núcleo del ejército sirio.

Sin embargo, la política colonial francesa estaba destinada a fracasar por muchas razones.

En general, hubo un cierto retraso de la clase dirigente política francesa en captar los cambios de amplio calado generados por la Primera Guerra Mundial, especialmente por lo que se refería a los equilibrios geopolíticos, y en consecuencia, a la política colonial. En este sentido se puede decir que se resistieron a reconocer que el primer conflicto mundial marcó el definitivo comienzo del ocaso de la centralidad europea, así como de un poderoso movimiento de reivindicación nacional estatal en los territorios de Asia y África, que se acabó consumiendo del todo después de la Segunda Guerra Mundial. En este escenario, el mantenimiento de grandes imperios coloniales (al menos en las formas y características con que éstos se habían consolidado a lo largo del siglo XIX) acabaría siendo una entelequia. Los gobiernos británicos fueron más pragmáticos: a pesar de la resistencia en dejar ir la península indiana, en el resto de su inmenso imperio colonial, empezaron a favorecer formas de control y administración indirecta. En el caso de oriente medio, en concreto, secundaron en cierta medida la difusión de movimientos nacionalistas autóctonos, concentrando sus recursos en el mantenimiento del control sobre zonas estratégicas, como en el caso del Canal de Suez. Sobre la base de esta estrategia, por ejemplo, en 1930 los ingleses otorgaban la independencia formal a Iraq, firmando un tratado de cooperación que les permitía mantener intactos sus intereses económicos.

Con una política colonial incierta y desfasada y con el precedente iraquí, Francia acabó actuando a remolque de la estrategia británica: fue así que en 1936 Francia concedía la independencia formal a Siria. La nueva autoridad política se constituyó –en forma de gobiernos autoritarios-, en torno a la mayoría suní. En cierta manera, se intentó restaurar los equilibrios de po-

der entre las diferentes comunidades propios de la etapa imperial. Sin embargo, eso ya no resultó posible, al menos en la forma en que se pretendía hacer: los tres lustros de igualdad jurídica que el mandato francés había favorecido habían acabado por determinar cambios profundos en este sentido, con una progresiva politización de las distintas minorías, que ya no estaban dispuestas a tolerar la hegemonía suní.

Como en muchos otros escenarios coloniales franceses, un primer giro se produjo en 1940, en correspondencia de la derrota militar gala. En el caso de Siria las tropas británicas y norteamericanas ocuparon parte del territorio para prevenir una posible infiltración de las potencias del eje en la zona. Juntamente a los angloamericanos también había tropas de la Francia Libre de De Gaulle, aunque en clara inferioridad numérica. Esta debilidad en el terreno sería clave –como recordaría con amargura el mismo De Gaulle en sus memorias (Castaldo, 2012: 364)- una vez acabado el conflicto: de hecho Francia no estaría capacitada para recuperar fácilmente el control de la zona (optaría por priorizar otras zonas como Indochina o Algeria), y Siria que se encaminaría (como por otra parte pasaría con la gran mayoría de territorios asiáticos) hacia su completa independencia.

Siria, Estado Independiente. Del panarabismo al régimen Baaz

En este marco, y siguiendo la dinámica de politización empezada en los años 30, después del segundo conflicto mundial, Siria dispondría de un incipiente pero significativo sistema de partidos, que se disputarían la hegemonía en la construcción del nuevo estado independiente. Fundamentalmente, los partidos sirios se organizarían en torno a dos polaridades: el Partido Social Nacionalista Sirio (que había sido creado ya en 1932) fundado en torno a la comunidad cristiana pero al cual se habían unido exponentes de otras comunidades –incluso la suní-; y el partido Baaz (Resurrección), más radical, socializante y de ideología panarabista (de hecho partidos parecidos se crearon en todos los países de la zona), creado en 1947, y que agrupaba fundamentalmente las comunidades alauitas, ismaelitas y drusas (Álvarez Ossorio, 2009: 49 y ss.).

Los primeros años de vida del nuevo estado fueron años de gran inestabilidad política, reflejo de una reconstitución de los equilibrios intercomunitarios. Uno de los conflictos institucionales más importantes (que traslucía también el precario equilibrio entre las diferentes comunidades) se produjo en 1950 en torno a la aprobación de la constitución. Los suníes querían incorporar la ley islámica como jurisprudencia de referencia del estado (queriendo así retomar, en cierta medida, los esquemas clásicos, antecedentes a la dominación francesa). La oposición cristiana lo acabó impidiendo, y la constitución acabó conteniendo una vaga referencia a la *sharia*.

La crisis de Suez de 1956 tendría efectos importantes en la política Siria, favoreciendo el reforzamiento de las posiciones panarabistas, y el espectacular crecimiento de la popularidad del presidente egipcio Nasser. Como es sabido, el resultado de todo ello fue la promoción de la unificación de Siria y Egipto en un único estado a partir de 1958 (se añadiría posteriormente también Yemen del Norte), como germen de un futuro estado panárabe y como forma de compensar los crecientes intereses norteamericanos en Iraq y Jordania. La vida de la República Árabe Unida sería breve a causa de la incapacidad del Nasser de encontrar una fórmula institucional adecuada y de las propias élites sirias, que consideraban que a la postre, más de una unificación, se había tratado de un intento de asimilación. En 1961 Siria se retiraría del estado común, pero ello no significó una pérdida de poder por parte del partido Baaz, que a partir de 1963 reforzó su hegemonía a través de un golpe militar. Sin embargo, pronto se vieron las diferencias internas. Una parte del partido abogaría por una radicalización tanto en términos de políticas sociales como en términos de “internacionalización”, optando claramente por una oposición directa a Israel y unos mecanismos de cooperación política muy estrechos con otros regímenes similares en la zona. Otra corriente del partido, más pragmática en cambio, abogaba por concentrarse en primer lugar en las condiciones internas reales de Siria. Fue esta corriente que finalmente se impuso a partir de 1970, a través del liderazgo del oficial del aire Hafiz al-Assad, que se hizo con el poder y acabó marginando no sólo la otra corriente política, sino también las otras comunidades presentes al interior del partido.

El golpe había sido posible gracias a la cohesión comunitaria alauita y al control que éstos ejercitaban sobre el ejército, que acabó siendo la verdadera palanca del nuevo poder (Galli, 2008). El nuevo régimen supo manejar bien sus recursos para consolidarse: mientras tejía alianzas con las diferentes comunidades (y, en particular la suní, que se integró en la administración), mantuvo la hegemonía alauita en el ejército y confió a éste último un papel de control sobre el conjunto institucional. La política de Assad se completó con un reforzamiento decidido de las estructuras estatales (que en parte permitió la superación de la tradicional fragmentación comunitaria) y, sobre todo con una ambiciosa política exterior.

En este sentido, hay que recordar que la consolidación y el fortalecimiento de las instituciones estatales así como la estabilidad política, a partir del final de los años sesenta posibilitaron una política exterior claramente orientada a convertir el país en una potencia regional, que pudiera ejercer su influencia tanto sobre Jordania como sobre el Líbano, sin dejar de saber influir sobre la gran masa de refugiados palestinos.

Esta ambiciosa política supuso también un replanteamiento de la colocación del país en los esquemas de la Guerra Fría: Hafiz Al-Assad, ligado a una alianza de apoyo con la URSS, entabló relaciones también con Estados Unidos, reconociendo su papel de actor fundamental en esa zona. También intensificó las relaciones con Irán, sobre la base de la constatación de que los dos países tenían todo el interés en limitar las ambiciones iraquíes de convertirse en un actor de relieve en la zona. La política de contención con respecto a Iraq tuvo una manifestación evidente, por ejemplo en el hecho de que Siria participaría de la coalición internacional (bajo mando norteamericano) que intervino en la primera Guerra del Golfo, después de la invasión iraquí de Kuwait. Por otra parte, Assad intentó diversificar el abanico de las modalidades de su intervención: mientras en Líbano mantenía una ocupación militar propiciada por la intervención en el conflicto civil de aquel país, con el régimen de Gadafi en Libia, estrechaba relaciones basadas sobre la cooperación económica. En el caso de las relaciones con Egipto pesaron mucho en cambio no sólo las vicisitudes derivadas de la ruptura

de la RAU sino sobre todo el giro copernicano representado por la presidencia de Sadat, que acabaría con la firma de los tratados de paz con Israel y provocó la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los dos países.

En realidad, en las dificultades en las relaciones con Egipto fueron la manifestación evidente de un cierto retraso por parte del régimen siriano en entender la manera en que se estaba moviendo toda la política exterior en la zona, especialmente con respecto al conflicto palestino. Assad había pivotado buena parte de su política diplomática sobre una negación absoluta de las relaciones con Israel, quedando prácticamente parada su posición a las consecuencias de la guerra de 1948. Los dos conflictos sucesivos –en 1967 y en 1973– no habían hecho más que empeorar la situación. Había un elemento diferencial claro respecto a los otros países árabes. Para los sirios la oposición a Israel no estaba relacionada únicamente a la suerte de los refugiados palestinos, sino a una reivindicación de tipo territorial, sea por una concepción “expansiva” de las fronteras (el Líbano se consideraba por los baaz sirios parte integrante del territorio nacional), sea, porque, efectivamente los conflictos de 1967 y 1973 se había saldado con pérdidas territoriales. En otras palabras, la misma existencia de Israel era vivida por el régimen sirio como una cuestión de supervivencia, de carácter existencial. En este marco, el propio Assad teorizó la así llamada “paridad estratégica” con Israel, es decir, la necesidad de mantener una solvencia militar capaz de estar preparados a una confrontación militar. Fue difícil, para no decir imposible para el régimen sirio salir de este paradigma, que impidió ver la reorganización de los actores y, por lo tanto, la necesidad de adaptarse a la nueva situación.

Ya a partir de la mitad de los años 80 Siria había perdido parte de su influencia sobre las organizaciones palestinas en favor de Jordania. Pero con el final de la Guerra Fría, la precariedad de la política exterior del régimen sirio se haría cada vez más evidente, en la medida en que el creciente protagonismo norteamericano en la zona –que ahora no tenía ya contrapesos– favorecería la avanzada de las negociaciones de paz con Israel por parte de los otros países árabes, como en el caso jordano, en 1994. Finalmente Assad se decidió a empezar negociaciones con Israel, aceptando los Estados Unidos

como actor mediador. No renunció sin embargo a querer negociar desde posiciones de fuerza: por ello exigiría como requisito previo la restitución de los territorios ocupados en 1967 (el Golán, básicamente), además de formular importantes reivindicaciones, como el acceso a las aguas del Jordán y del Tiberíades y la apertura de mecanismos de cooperación.

El asesinato de Rabin hizo peligrar la negociación, que sin embargo continuó con Barak. Delante de las resistencias israelíes, finalmente Assad volvió a la restitución de los territorios como requisito previo y se descolgó del tramo final del acuerdo, en 2000.

La Siria de Bashar entre cambios globales y cambios regionales

Las razones de las resistencias de Assad en querer ceder parecen haber sido muchas, y de distinto orden. Sin embargo, quizás las más significativas de ellas tengan que ver con asuntos internos al mismo régimen. De hecho, el Assad que participó en las negociaciones de la segunda mitad de los años 90 era ya un dirigente anciano, finalmente enfermo, y fuertemente preocupado por la sucesión al frente del poder.

La operación sucesoria que se propuso era todo menos fácil: en el interior del partido encontró una viva oposición que utilizó las negociaciones como arma de desgaste, acusando al mandatario sirio de haber abandonado las esencias de lo que había sido la revolución Baaz. Al anciano dirigente se le reprocharía una actitud considerada demasiado blanda, y se le acusaría de haber abandonado las razones profundas –existenciales– de la oposición a Israel, de estar a las puertas de su reconocimiento y de haber planteado las negociaciones como un trámite de política exterior más, y no como una cuestión que ponía en discusión la misma supervivencia del estado. En realidad, las críticas a la gestión de la negociaciones escondían una oposición a la decisión de legar la jefatura del estado a su hijo Bashar al Assad, un proceso que se puso en marcha a partir de la segunda mitad de los años 90 y que igualmente, a pesar de las resistencias, se acabó llevando a cabo una vez muerto Assad en 2000.

Sin embargo, el poder de Bashar tuvo muchos problemas de consolidación por muchas razones. Algunas derivadas de su propia persona-

lidad, lejana del liderazgo paterno: sólo hace falta pensar que ejercía de oftalmólogo en Inglaterra cuando fue requerido para integrarse en tareas de gobierno. Otras, evidentemente, derivadas de su propia condición de heredero, y por ello, cuestionado por todos aquellos que recordaban que el Baaz era un partido revolucionario y no dinástico. A pesar de que la preparación del terreno para su desembarco al liderazgo se había hecho de forma sistemática (en primer lugar dentro del ejército –su verdadera base–, después en la opinión pública, y finalmente en la administración del estado), tuvo bastantes dificultades para consolidar su autoridad. Pero quizás las dificultades más decisivas tenían que ver con el contexto de la política internacional, que llevó a cambios profundos –todavía inacabados– en la zona. Sólo hace falta pensar en que Bashar asumió su cargo sólo unos meses antes del 11 de septiembre de 2001. Que justo después vendría la invasión norteamericana de Afganistán y al cabo de poco más de un año más la invasión de Iraq.

En otras palabras, Bashar se encontró contemporáneamente con un contexto interno incierto y un contexto regional absolutamente explosivo y cambiante, con el cual no supo lidiar de manera eficaz, perdiendo progresivamente capacidad de influencia. Una muestra de ello fue la gestión del asesinato del primer ministro libanés Rafik Hariri, en 2005 a manos de los servicios secretos sirios y cuya responsabilidad recayó –mediante la intervención de un Tribunal Internacional creado con el consenso norteamericano y francés–, directamente sobre el gobierno (Vega Chaves, 2011). El escándalo fue mayúsculo y sus consecuencias todavía más. Bashar no había sido capaz ni de impedir la creación del Tribunal, ni de construir las condiciones diplomáticas para mantener su posición: la situación de debilidad en que se encontró obligó al retiro de las tropas que estacionaban en el país vecino desde la guerra civil.

Pero a nivel interno también los problemas para el nuevo gobierno fueron crecientes, sin que la nueva administración supiera encontrar una manera de encararlos. Después de 2001 Siria vivía un proceso de islamización creciente y una infiltración de los grupos integristas, agravada por la llegada de los antiguos oficiales del ejército iraquí, después de la derrota de Saddam. También contribuyó a la desestabili-

zación interna una pauperización progresiva de la sociedad siria, con un fuerte aumento de las desigualdades internas (que golpeó especialmente el medio rural), a las cuales el régimen –después de prometer un programa de reformas nunca cumplido-, respondió con una represión despiadada.

Todo ello acabó cuajando en una ola de protestas masivas, animadas por el ciclo de movilizaciones empezado en Túnez en 2011. A pesar de las declaraciones del mismo presidente Bashar Al Assad al *Wall Street Journal* en enero de 2011, en las cuales aseguraba que lo acontecido en Túnez y que había llevado a la caída de Ben Alí, nunca podría pasar en Siria, por ser este un país dotado de “una ideología y una causa”, en marzo la primavera árabe llegaba a Damasco y el país viviría la ola de protestas más grande nunca vista.

En Siria también las movilizaciones se acabaron concentrando en la reivindicación de un cambio de régimen. Sin embargo, ni fueron suficientemente fuertes como para proporcionarle el espaldarazo definitivo, ni éste era suficientemente sólido como para restablecer el orden sin más (Arteaga, 2012). Las protestas civiles fueron fuertemente reprimidas por el régimen hecho que conllevó al surgimiento de una resistencia armada, organizada bajo el Ejército Sirio Libre. El fracaso de la coordinación política dejó al ESL en una posición muy débil. El Consejo Nacional Sirio tampoco tuvo la capacidad diplomática para propiciar una intervención de cierre del espacio aéreo, muy difícil después de la experiencia en Libia, ni la capacidad de agrupar y de coordinar la oposición interior y exterior. La falta de armamento y recursos del ESL fue aprovechada por las potencias regionales para beneficiar a sus aliados políticos. Esta situación desencadenó la escisión de algunos grupos y rápidamente el surgimiento de grupos armados de diversa índole, muchos de ellos formados por combatientes extranjeros, y con diferentes objetivos derivando en una cruenta guerra civil.

El gobierno de Assad, por otra parte, ha seguido contando con la fidelidad de la mayoría del ejército regular, en definitiva la institución de referencia del régimen desde los tiempos de su padre. A ello se añadió una tardía y complicada dislocación de los países extranjeros, que, durante los primeros tres años de hostilidades

se inhibieron. Por ello, el conflicto estallado en 2011 y que está todavía lejos de poderse solucionar, se escapa de paradigmas interpretativos fácilmente aplicables, sobre todo por la mutabilidad de los actores involucrados, por sus interacciones y por la exportabilidad de sus consecuencias, en particular desde la aparición de DAESH.

Como ha escrito con lucidez Ignacio Álvarez Ossorio (2015), la guerra de Siria contiene en sí tres dimensiones distintas, que se acaban interrelacionando entre sí. Una primera, de escala “doméstica”, que ve el enfrentamiento de un régimen -a través del ejército regular, fortalecido por efectivos iraníes y Hezbollah libaneses- en ningún caso dispuesto a hacer concesiones y los muchos y diversos actores opositores, que comprenden desde los seculares del Ejército Sirio Libre hasta los salafistas del Frente Islámico, o los yihadistas del Frente al-Nusra, o las milicias kurdas.

Una segunda dimensión es la regional: en la guerra de Siria se está dirimiendo también la reestructuración de las relaciones de fuerzas en el Oriente Medio (Ghotme et al, 2015). En este contexto, las dos potencias que están librando una batalla por actores interpuestos son Irán (al lado del régimen sirio y con una inversión cifrada entre los 15000 y los 20000 millones) y Arabia Saudí (al lado de los rebeldes, canalizando su intervención fundamentalmente a través de Frente Islámico).

Finalmente hay una tercera dimensión, la internacional. Hay que decir que la nota dominante de esta última ha sido su aparición tardía y su precipitación sólo a partir de la aparición de DAESH en 2014 y del éxodo de refugiados hacia Europa (López Lacoiste, 2015). La progresiva conquista de territorio por parte de este último, ha impulsado Estados Unidos a crear una coalición internacional (integrada fundamentalmente por países árabes) que ha empezado una fuerte campaña de bombardeos excluyéndose –al menos hasta la fecha– una intervención terrestre. Por otra parte, a finales de 2015, Rusia también se decidió a intervenir a finales de 2015, pero de forma autónoma, y con un doble objetivo: combatir DAESH pero también (y quizás sobretudo) afianzar las posiciones del ejército regular sirio y proteger los intereses (y los contratos) contraídos por Putin con Assad. En juego para Rusia hay la base

naval de Tartús e importantes contratos de suministros que se verían amenazados por una caída del régimen.

Queda evidente que la acción del Califato –que además de haber establecido su autoridad en la zona ha reivindicado la autoría de los peores ataques terroristas sufridos por Europa en los últimos años–, ha provocado un replanteamiento de las posiciones de los países extranjeros, en particular en referencia al posible papel “ordenador” que pueda jugar el gobierno de Assad en un futuro y a los peligros de una posible disolución de cualquier autoridad reconocida.

Es extremadamente difícil hacer cualquier tipo de predicciones sobre el futuro del conflicto, que, de momento, parece encontrarse delante a dos escollos difícilmente superables. Un primero tiene que ver con la viabilidad de un acuerdo multilateral: una primera aproximación a una solución negociada se tuvo en 2015 con la Conferencia de Viena, en la cual participaron EE UU, Rusia, Arabia Saudí, Irán, Turquía, la ONU y la UE y que ha abierto un primer canal de diálogo. Sin embargo –y por razones obvias–, no se contó con la participación ni de DAESH ni del Frente Al-Nushra, que son en definitiva los actores que controlan gran

parte del territorio. Una segunda, en cambio, tiene que ver con el futuro del régimen de Assad, con respecto al cual, los diferentes países comprometidos en el acuerdo, tienen opiniones muy distintas (Martini, Estebanez, 2015). Lo que en cambio es seguro es que la guerra ha generado una catástrofe humanitaria de dimensiones ingentes. Las estimaciones más fiables (Observatorio Sirio de Derechos Humanos y Amnistía Internacional) hablan ya de más de 300.000 muertos y 65.000 desaparecidos y de la mitad de la población siria obligada a dejar sus casas. Ocho millones se han convertido en desplazados internos, y cuatro millones se han refugiado en los países más cercanos (sobre todo Turquía, Líbano, Jordania e Irak). A partir del verano de 2015 se ha intensificado el éxodo hacia Europa, como consecuencia de la falta de posibilidades de una resolución del conflicto como mínimo a medio término. Ahora mismo muchos sirios se encuentran viajando en condiciones desesperadas, víctimas de las mafias dedicadas al tráfico de personas y a las puertas de una Europa que, al menos hasta el momento, no ha sido capaz de dar una respuesta satisfactoria acorde al derecho internacional y a las más elementales exigencias de salvaguarda de los Derechos Humanos.

Referencias

- ÁLVAREZ-OSSORIO, Ignacio. *Siria contemporánea*. Síntesis, 2009.
- CASTALDO, Massimo. “Siria, il tramonto della dinastia Assad”. *Rivista di studi politici internazionali*, 2012, 79.3.
- GALLI, Agustín. “El régimen sirio: características de un régimen autoritario”. In: VII Jornada de Medio Oriente (La Plata, 2008). 2008.
- MARTINI, Alice; ESTÉBANEZ, José Francisco. “El rechazo del conflicto en el horizonte normativo occidental y la consecuente construcción de Bashar al-Asad como enemigo absoluto”. *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, 2015, 29.
- LÓPEZ-JACOISTE, Eugenia. “Civil War in Syria and the Paradoxes of the International Community”. *UNISCI Discussion Papers*, 2015, 37: 73.
- GHOTME, Rafat Ahmed; GARZÓN, Ingrid Viviana; ORTIZ, Paola Andrea. Las relaciones internacionales de la guerra civil siria a partir de un enfoque regional: hegemonía y equilibrio en Medio Oriente. *Estudios Políticos*, 2015, 46: 13-32.
- VEGA CHAVES, Natalia Andrea, et al. “Análisis de las relaciones político militares del Líbano con Siria durante el periodo 2005-2008”. 2011.
- ARTEAGA, Félix. “Siria: la lenta marcha hacia la guerra civil”. Real Instituto Elcano, ARI, 2012, 14.
- ALVAREZ OSSORIO, Ignacio “La triple dimensión del conflicto sirio”. *Economía exterior: estudios de la revista Política Exterior sobre la internacionalización de la economía española*, 2015, 75: 7-12.
- LAURENS, Henry. “Cómo se repartió Medio Oriente”. *Le Monde Diplomatique*, 2003.Referencias